

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. ARISTO TÉLLEZ.—Madrid.

—Que me maten si entiendo algo.

—¡Claro, mujer! ¡Qué vas a entender tú de música clásica!



CREMA

LIDA

RECONSTITU- YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCION RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por DIEGO MARSILLA

18.—«Bastante» antiguo.

NO LUEVE MUCHO

19.—Para un juego.

C

20.—Charada.

—¿Cuántos años tiene ese *cuarta* *tercia*?

—Cién.

—Sí que son años; ni que fuera de *prima segunda* *tercia*. ¿Y no se escapa?

—Cá; se pasa el día en el *todo* del jardín.

Concurso de pasatiempos de Agosto

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Núm. 40, D.^a María Colón, de Vitoria, una preciosa lámpara para despacho.

SEGUNDO PREMIO.—Núm. 53, D. Sotero Miranda, de Logroño, una pluma estilográfica, completamente nueva y en inmejorables condiciones para poder ser utilizada.

TERCER PREMIO.—Núm. 56, D. Ignacio Hidalgo, de Canfranc (Huesca), un bonito pisapapeles de bronce y cristal.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.



SOMBROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

21.—Buena, una; malo, muchas.

L Calle estrecha

22.—Útil y de adorno.

Oriente Mediodía
Diosa En la leche

23.—Para la mesa.

100050

Concurso de pasatiempos de Septiembre
Soluciones.

1, *Casino*.—2, *Sinónimo*.—3, *Mantecado helado*.—4, *Dominico*.—5, *Estar entre dos fuegos*.—6, *La solitaria*.—7, *Galatea*.—8, *Abajo los consumos*.—9, *Ascara-Paradela-Tresagua-Cuatavientos-Cinco olivas*.—10, *Cuía de ferrocarriles*.—11, *Parroquiano*.—12, *Teosofía*.—13, *La conferencia franco-española*.—14, *Chorizo de Candalaria*.—15, *Alacena*.—16, *Abadejo*.—17, *Estación central*.—18, *Lapicero*.—19, *Sancha*.—20, *La Bejarana*.—21, *Ase-sino*.—22, *Saltamontes*.—23, *Entrenarse*.—24, *Párpados*.—25, *La canción del olvido*.

De las 17.386 soluciones recibidas sólo han resultado exactas las de los señores siguientes:

1, D. Emilio Franco; 2, Fernando Calvo; 3, Juan P. Martínez; 4, Manuel J. Sánchez; 5, Clemente Rodríguez; 6, E. del Puerto; 7, Fernando Peña; 8, Manuel García Reyes; 9, Bernardo Sanz; 10, Román Martín, todos de Madrid;

11, Enrique Pineda, Segovia; 12, Alejandro Nieto, Alcazarquivir; 13, Carmen Domínguez, Portugalete; 14, María Isabel Urzola, Valencia; 15, Ricardo Abaneja, Bilbao; 16, Maite Obarán; 17, Angelita Abanura; 18, M. Irureta; 19, Adelita Peirona; 20, Marichu Peirona, los cuatro de San Sebastián; 21, Teresa Manso, Logroño; 22, Antonio López; 23, Francisco Alcántara, los dos de Granada; 24, Fulgencio Espinosa, Palencia; 25, Sixto Cancedo, Coruña; 26, Petronilo de Arce, Cádiz; 27, Antonio Belmonte, Algeciras; 28, Luciano Gardero, de Benabarre; 29, Luis Campo; 30, Felipe Cancedo, los dos de Barcelona; 31, Tiburcio Polanco; 32, Ernesto Santillán, los dos de Santander; 33, Pedro de Lucio, Oviedo; 34, Teresita Mijares, Lugo; 35, Cándido Torres, La Bañeza; 36, Jacinto Gortres, Cebreros; 37, Quintín de Trías, Játiva; 38, Marcelo Arias, Reinosa.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 30 del actual.



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre.



Los entusiastas
partidarios de los depor-
tes son también conven-
cidos partidarios del
A G U A D E
COLONIA AÑEJA

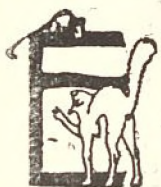
Conocen la deliciosa sensa-
ción de bienestar y frescura
que proporcionan, después
de las violencias del ejercicio
físico, unas buenas fricciones
con esta exquisita Agua de
Colonia, compuesta de alco-
hol neutro de 90° y esencias
concentradas de flores y fru-
tas. Es un eficaz estimulan-
te de la energía física. Toni-
fica los nervios y da a los
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. ... MADRID

ALEGORÍA FÁCIL

EL MONO MANCO



En la tupida selva había muchos monos de todas las especies y de todos los tamaños, que saltaban, corrían y blasonaban fatuamente de ser tan listos como ágiles. Uno de ellos, un mandrilejo escúchimizado, con menos años que aptitudes, sentía profundo desdén por los chimpancés ya maduros y expertos, que trepaban por los baobabs con elegante soltura y sabían posarse en la más eminente rama con la leve y trémula aristocracia de las mariposas. El escuerzo se pasaba las horas pregonando a grandes voces su inquina contra tales habilidosos: —¿por qué les aborreces así?— hubo de preguntarle cierto tití revoltosuelo, que estaba encantado de haber nacido: —¿por qué te descompones tanto ante su presencia?—Y el chisgarabís contestaba gruñendo: —Porque son unos viejos idiotas, y los viejos no tienen derecho a ninguna altura. Las copas de los árboles son para las mocedades, para nosotros, los que sabemos trepar, y podemos lucir nuestra juventud como un espectáculo. Todo en la selva es tolerable, menos la vejez. La vejez es la rutina, lo consabido, lo astuto, lo estéril. ¡Muera la vejez! Dijo, escupió de lado despectivamente y se fué a dar una vuelta por el bosque, en busca de unos cuantos compinches suyos. Todos ellos se reunían al margen de un río, mientras le llegaba el tiempo del vigor en que les fuera posible escalar las ramas últimas de los árboles.

Un día, el simio de nuestra fabuleja se fué a un rincón apartado, donde nadie podía verle, y acometió la proeza que de tiempo atrás venía tentándole: subirse al sico-

moro más robusto y alto. Abrazánpole penosamente a su tronco, hincando las uñas hasta teñírselas en sangre, jadeando y gimiendo, pudo trepar hasta cierta altura. ¡Qué cara la suya, de triunfo! Al fin había logrado lo mismo que cualquiera de aquellos vejestorios. Pero, súbitamente, el muy animal perdió el equilibrio y cayó a tierra lanzando ayes lastimeros. Cuando quiso levantarse, no pudo; se había roto una de sus cuatro extremidades.

En lo recóndito del bosque, confuso y corrido, cuidó su herida sin que nadie lo advirtiese. Días después, se en-

contró en condiciones de reanudar sus travesuras y audacias, pero estaba manco. Sus amigos, al verle, no ocultaron su asombro. El, astuto, habló antes de que le interpelaran:

—Queridos: después de haberme aventurado en un largo viaje de estudio, vuelvo de él sabiendo muchas cosas de importancia. La más notable es esta novedad que os brindo: la de vivir magníficamente con un solo remo. Valerse de los dos, como hace todo el mundo, es imbécil. Imaginad las originalidades, los primores, los talentos que he de desplegar cada vez que tengo que ascender o apoderarme de un

fruto. La verdadera elegancia consiste en tener un brazo. Todo manco es un excepcional, un paladín contra la rutina, un privilegiado. El que sacude una rama con las dos manos, por mucha maña que se dé, siempre será un ramplón, un mono que repita lo mismo que durante siglos y siglos vienen realizando los monos. ¡Viva el brazo único! ¡Viva la novedad!

Todos aplaudieron. Aquel día en la selva se produjo profusa y pintoresca animación. Los cuadrumanos jóvenes se subieron como les fué posible, a los árboles, y desde lo alto arrojáronse al suelo para alcanzar la distinción de perder un brazo. Algunos perdieron la pierna, o se machucaron el rostro, o se quebraron la espina dorsal. Pero todos estaban contentísimos. Y, desde tan memorable jornada el ejército de los inútiles declaró la guerra al ejército de los viejos ridículos excesivamente industriosos. Y todas las mañanas, al salir el sol, el mandrilejo, a quien «no le daba la gana» de subirse a los árboles, sonreía gloriosamente sintiéndose jefe.



Dib. SILBNO.—Madrid.

E. RAMÍREZ ANGEL.

JACOBO EL CAZADOR

Jacobo era aquel muchacho—yo no sé si te acordarás—que estaba viéndonos tirar a las bombillas en la verbena de San Juan.

Le he observado en todas las verbenas, porque su madre me dijo:

—Si usted tiene ocasión, observe a mi Jacobo. Le ha dado por las fiestas y traspas demasiado. Ese chico debe tener por ahí algún «apañito»... Una novia, quiero decir.

Yo observé a Jacobo. Se torcía el sombrero, se abrochaba el botón central de la chaqueta, «aflamencaba» la marcha y se metía en las verbenas.

Echaba a una rifa y hasta se refa si no le tocaba. Luego se «echaba al colete» unas cañas... y seguía andando, y se encontraba, por ejemplo, con un tiro al blanco donde estuvieran tirando unos señoritos. Se paraba un instante a ver si acertaba el que estaba apuntando con mucho cuidado. Después se quedaba otro instante a ver si acertaba el otro... y el otro... y el primero... y uno que vino luego, que no tiraba mal... y otro que sí que tiraba mal.

Jacobo cambiaba la postura. Apoyaba un codo en el mostrador; luego el otro; después los dos...

Y el público de tiradores se renovaba; pero Jacobito, no. Y así le daban las tres de la mañana.

Yo no quise decírselo a su madre. La dejé con la ilusión de que su chico tendría una novia verbenera.

Luego supe que Jacobo se había aficionado con sus cosas a la caza, y que se pasaba las mañanas tirando a un péndulo de trapo, con peso de plomo, que había colgado de un árbol, en un merendero próximo a su casa.

Y hacía muy buenos blancos. Esperaba a que pasara el trapo, que tenía el tamaño de una perdiz, y cuando regresaba ¡pum! le daba «casi» siempre.

Con estos éxitos una mañana salió a perdices. Llevaba su escopeta de dos cañones, con esos dos ojos que se guiñan para matar, y el rizo de su ca-

nana, donde, si le sobraban huecos, llevaba la estilográfica, un cartucho de perras chicas, el pañuelo, la pipa, los puros, etc., etc.

Le pareció que era bueno un sitio, fijó bien los pies como Don Tancredo se fijaba en el pedestal, se echó la escopeta a la cara, guiñó un ojo, y a esperar, como en el merendero.

Lo primero que se le cansó fué el ojo cerrado, luego los brazos. No sabía que en la caza se puede estar tan tranquilo. Creía que era cuestión de estar apuntando siempre, como los que buscaban las bombillas grandes en las verbenas.

Por fin, ¡oh! ¡una perdiz!!

La apuntó bien; la apuntó divinamente; la apuntó con todo el cuidado posible... y esperó a que volviera como cuando tiraba al péndulo. Y la perdiz no volvió.

¡Claro, claro! Ahora pensaba él que ¿por qué iba a volver la perdiz? ¡Claro, claro!

Pensándolo estaba cuando le salió un conejo... «¡Un conejo, un conejo!», se dijo a sí mismo. Y continuó diciéndose: «Pero... ¿cómo se tira a los conejos? Yo no lo he ensayado... Debe ser así».

Se echó la escopeta a la cara y cerró un tiro, cuando el conejo y el perro desaparecían por un barranco.

Sonó un lamento del perro y no se volvió a ver más ni al lebre, ni al conejo.

Jacobo se sentía fracasado. El sólo se ponía encendido de vergüenza. No había matado más que al perro. ¡Era horrible!

Su madre, las vecinas y los vecinos estarían, como siempre, a la puerta de la calle. Se reirían de él. Le gastarían bromas sangrientas. Uno, contaría el chiste de aquel cazador al que le preguntaban: «¿Has matado algo?» «¡Sí!» «¿El qué?» «¡El perro!...»

¡Ah! Jacobo tuvo una idea. El mismo haría el chiste y todos se reirían de buen humor.

En efecto: llegó al grupo de comadres críticas y vecinos irónicos y uno le preguntó:

—¿Has matado algo?

—¡Sí!!

—¿El qué?

Y Jacobo, sin poder contener la risa, contestó:

—¡¡El perro!!! ¡Já, já, já!

—¿El perro?—preguntó su madre.—Pero oye, si el perro ha venido a casa tan tranquilo.

Y todos los demás hicieron:

—¡Já, já, ja!!

(Ni el perro...)

ANTONIO ROBLES



Dib.

COSTA ESPAÑA

Carcagente
(Valencia).

CONSECUENCIA

—No sé por qué
usa Lulú colores tan
chillones?

—¡No ves que su
marido es sordo!



Dib. BILBAO.—Macrid.

—Lo mismo que me está usted diciendo a mí, se lo habrá dicho ya a las de todas las secciones.

—¡Y qué culpa tengo yo de que usted esté en la última!

¡QUÉ TIO MAS GRACIOSO!

EL AUTOR IDEAL

Y MI DEPRAVADA VIDA

(ANÉCDOTAS TEATRALES)

Casi todos los actores dramáticos, hasta los que apenas han empezado a molestar al público, se figuran que ya han alcanzado los honores de la popularidad, y sufren una gran decepción cuando se enteran de que hay quien no los conoce, porque le tiene sin cuidado la farandulica profesión y va al teatro a distraerse, sin importarle un comino el nombre del autor de la comedia.

¡Y es que estos autores, mis queridos compañeros, no están enterados, señor!

La otra noche acudió a una de las sesiones de espiritismo que se celebran en un teatro de esta corte un espíritu luminoso, y de buenas a primeras nos espetó lo siguiente:

—Hola, ilustres. (Esto de ilustres lo dijo con retintín porque al velador estábamos sentados tres actrices, un autor y dos actores, llamados ilustres en más de una ocasión por los amables

gacettilleros teatrales.) Hola, ilustres, repitió; pero, ¿es que de veras os lo habéis creído? ¡Idiotas! (Nos molestó esto un poco; la verdad.) Para ser ilustres hay que tener distinguida prosapia o ser insigne, célebre, famoso, memorable, que tanto vale ser ilustre. ¿Creéis que sois famosos? ¿Creéis que os conoce todo el mundo?

—Hombre, yo...—se atrevió a replicar el actor.

—Ni tú, ni esas, ni esos... (¡Nos llamé ¡esos! a dos autores, señores directivos de la sociedad!) ni veinte más que se pusieran aquí sois lo suficientemente conocidos, para que por famosos seais ilustres.

—¿Pero es que el público no nos conoce?—preguntó mi compañero.

—¡El público!—respondió el espíritu—. ¡«Apañao» está el público!

La proporción por ciento de la clase de espectadores que acuden a los teatros de España es la que sigue:

Espectadores que están enterados de los secretos de entre bastidores y saben hasta lo que cobra cada autor.....	1
Los que interesados por la literatura teatral conocen la labor de doce autores a lo sumo.....	1
Los que a fuerza de leer periódicos saben que existe Benavente, los Quintero, Arniches, Muñoz Seca, Linares, etc., pero que a lo mejor achacan a Benavente lo que es de Linares, a Muñoz Seca lo que es de Arniches o a los Quintero lo que es de Fernández del Villar.....	5
Los que sólo saben el nombre de los cómicos que les hacen reír o emocionarse y guardan en la memoria algunos títulos de comedias que les gustaron plenamente, sin saber quiénes son los autores de ellas... ..	15
Los que no saben nada, críticos, etcétera.....	28
Los que van al teatro porque cumplen años.....	2
Los que van a reírse.....	20
Los que van porque no saben dónde meterse.....	6
Los que van a ver qué «echan».	22
Total.....	100

Y de acuerdo nosotros con el luminoso y matemático espíritu, vamos a relatar tres anécdotas que retratan la casi general opinión que de las cosas de teatro tiene la gente.

Se «echaba» en Apolo *El pobre Valbuena* y Enrique García Álvarez, autor de la obra, presenciaba la representación desde un palco de platea, acompañando a una familia que había invitado. El bueno de Enrique esperaba tener la satisfaccioncilla de verse felicitado por ellos...

Pero, ¡sí, sí!... He aquí los comentarios que oyó:

—¿Quién es ese cómico tan gracioso?

—Carreras.

—¡Qué ocurrente es!

—Sí, en efecto; tiene vis cómica.

—¡Calle usted, hombre, no he visto tipo más salado!

—¡Qué tío más gracioso!



Dib.
NIK S I C
Barcelona.

—Quisiera, señor Comisario, que el ladrón que robó anoche en mi casa me explicara cómo pudo entrar en la alcoba de mi mujer sin despertarla. Yo, en veinticinco años de matrimonio, no lo he logrado una sola vez.

—¡Y qué ingenioso!
—¡Qué bárbaro! ¿Ha visto usted, Enrique? Se desmaya para abrazar a la tipla. ¡Ja, ja, ja, ja!...

—¡Qué salida! ¡Ja, ja, ja, ja!...
—¡Qué cosas se le ocurren!... ¡Ja, ja, ja!...

—¿Pero ha oído usted lo que ha dicho?... ¡Ja, ja, ja!...

Al día siguiente, y un poco malhumorado por la escena que le hicieron sus amigos, fué a visitarlos.

Aún comentaban las gracias de Carreras, aún se retorcan de risa al acordarse de las cosas que se le ocurrieron a aquel cómico. ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ni por casualidad caían en la cuenta de que al que se le había ocurrido todo era a Enrique.

—Bueno —dijo García Alvarez—; pues vengo a invitaros otra vez al teatro.

—¿Nos va usted a llevar a ver a ese hombre?

—Naturalmente.

—Pues no sabe usted lo que se lo agradecemos. ¡Manuela! ¡Chica! ¡Hijo! ¡Don Enrique nos va a llevar otra vez a ver a ese demonio de Carreras!

—¡Ja, ja, ja, ja!...

—Sí, sí, ¡ja, ja, ja, ja!...—exclamó Enrique, frotándose la nariz con ese gesto tan suyo—, ¡ja, ja, ja, ja!... ¡Nos vamos a mondar de risa!

Y los llevó a ver una zarzuelilla que había fracasado, pero que continuaba en el cartel por deferencia a la firma del autor que la escribiera.

Poca gente. Carreras en escena diciendo cosas y sin lograr una carcajada.

—¿Pero cuándo sale Carreras?

—¡Si está ahí! ¡Si es ese!

—¿Ese?

—Calla, pues es verdad.

—Parece que está triste esta noche.

—¡Qué lástima!

Y el pobre Carreras, sometido a la tortura de repetir los chistes que el apuntador le iba diciendo, oía al final de cada uno un general abucheo, mientras Enrique decía a sus amigos, reventando de risa:

—¡Qué tío más gracioso!... ¡Qué occurrences!... ¿Han oído ustedes? ¡Pero qué gracia tiene ese hombre! ¡Es que me troncho! ¡Ay, que no puedo más! ¡Ay, que me muero de risa! ¡Ja, ja, ja, ja!...

...

Una señora marquesa, viva y sana está, decía a Muñoz Seca allá por los tiempos en que Perico empezaba a estrenar zarzuelillas y entremeses:

—¡Ah!, ¿es usted el señor Muñoz? Le felicito cordialmente. Soy una gran aficionada al teatro, voy todas las noches y he tenido el gusto de aplaudir algunas piecicillas de usted.

—Muy amable, señora marquesa...



Dib. GARRIDO.—Madrid.

MUY CASTELLANA

—A mi sastre no le gusta que le lleven los géneros.

—En cambio el mío siempre está esperando que le lleve la tela.

—Y diga usted, señor Muñoz. ¿Le cuesta a usted mucho dinero «echar» esas zarzuelas?

—Al contrario, señora, aunque poco, algo dan.

—¿Pero es posible?

—Sí, señora.

—Pues entonces es doble el mérito de usted.

—¿Eh?

—Sí, porque es usted un autor ideal.

—¡Señora!

—Me explicaré: Es que estoy a ma-

tar con uno que se llama Arniches, porque es un señor que cuando echa una zarzuela no la quita nunca del cartel y acaba una por aburrirse viendo siempre lo mismo. En cambio, con usted da gusto. Echa usted una obra y a los tres o cuatro días la quita para que otro eche otra y pueda una ver cosas nuevas.

—¡¡Señora!!

—Siga, siga usted así, que el público se lo agradecerá. ¡Se lo dice a usted una asidua espectadora que está

muy enterada de las cosas que pasan en el teatro!

—¡¡¡Señor!!!

—Hombre—me decía esta primavera pasada en Sevilla un renombrado arquitecto—, le envidio a usted, señor Pérez Fernández. Es, sin duda, muy divertida la vida de un autor. ¡Esos escenarios..., esas actrices..., esas tiples!...

—Calcúlese.

—Ya, ya me lo figuro. Cuente, hombre, cuente.

—Pues mire usted, me levanto a las nueve de la mañana...

—¿Usted?

—Sí, señor. Y a las diez ya me tiene usted delante de unas cuartillas, procurando escribir lo mejor posible. A la una, doy por terminado mi trabajo...

—¡Y a divertirse! ¡A gozar de la vida!

—No, todavía no. A la una, me dan de comer.

—¿En casita?

—Sí.

—¡Qué raro!

—Caprichos que, gracias a Dios, puedo concederme. A las dos, salgo a la calle...

—¡Y el marasmo!

—Tanto como el marasmo..., no; me voy a un café, donde mi fraternal colaborador Muñoz Seca tiene su tertulia. Allí, hasta las tres y media.

—Murmurando, chisteando, hablando de coristas, tiples...

—Ahora hablamos de lo de Marruecos. Y a las tres y media...

—¡A la crápula!

—Le diré a usted. No es la hora más indicada.

—Efectivamente; pero irá usted a algún ensayo y allí entre las encantadoras actrices, los alegres y despreocupados actores... ¡Qué me va usted a contar!

—Sí, pero vamos por partes: Primero se ensaya en serio.

—Comprendido. Y después...

—Después me despido de todos y a la calle.

—¡Y viva la juerga!

—No. ¡Viva la merienda!, porque a esa hora meriendo.

—¿Solito?

—Sí. Considere usted que no es la hora más oportuna para llevarse a dos o tres actrices y tres o cuatro coristas. Entre la hora de terminar el ensayo y la de empezar la función de la tarde, no hay tiempo para crapulear.

—Ah, claro.

—Cuando empiezo a aburrirme, me meto en un escenario. Los de zarzuela son los más divertidos.

—¡Atiza! Y allí... ¡Ya me figuro!

—No, no se figure usted todavía nada. Las alegres segundas tiples y las chicas del coro, trabajan las pobrecitas y no es cosa de decidirse aún.

—Pero terminada la función de la tarde...

—Se ponen todas a comer. ¡Hora sagrada!

—Sí; hay que dejarlas tranquilas.

—Tranquilísimas. Yo, por mi parte, me voy a cenar.

—Y con el bocado en la boca, al teatro nuevamente a preparar la *juerga* de la noche.

—Sí, señor. ¡Entonces es cuando tocan a soltarse el pelo! Se acaba la función...

—¡No me diga usted nada!! ¡No me diga usted nada, que me pone los dientes largos!!...

—Sí, hombre, déjeme usted terminar. Se acaba la función. Son las dos de la noche. Las chicas han de estar en el ensayo a la una del día siguiente. Se van a sus casas...

—Y usted...

—Yo me subo el cuello del abrigo, tomo un «taxi» y caigo en la cama rendido. ¡Es mucha *juerga* la que corre un autor!

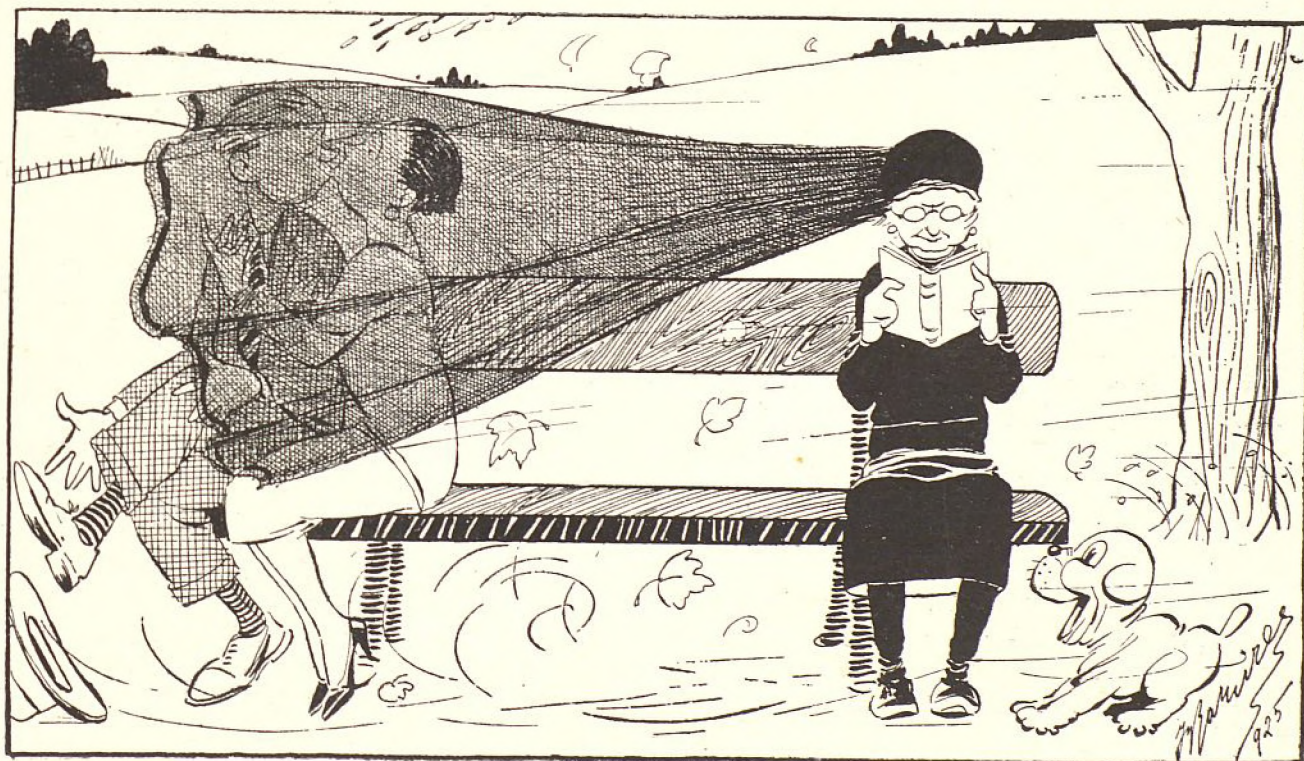
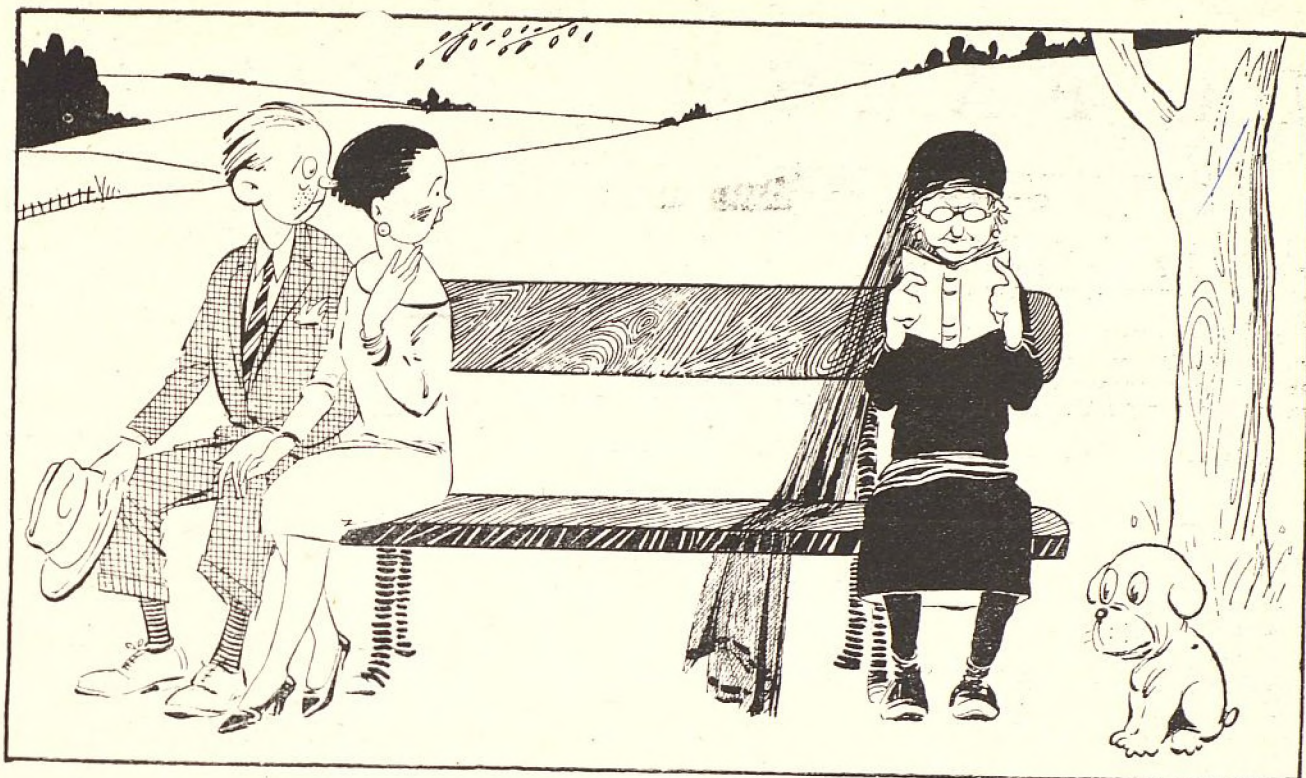
PEDRO PEREZ FERNANDEZ.



Dib. Saso.—Madrid.

—Oye; ahí va mi novia. ¿Te gusta la amiga?

—¡No; prefiero la corteza!



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

CÉFIRO BLANDO PROVIDENCIAL O ¡VIVA LA SEÑORA PEPA!

(Sainete mudo en dos cuadros.)

UN FERROZ DESENGAÑO

EL FALSO CAPITÁN

La vida es un desengaño perpetuo.
Gaztambide.

Ha habido una época, lejana como la Polinesia, durante la cual se estrenaban pocas zarzuelas en nuestros coliseos.

Durante aquella época todos éramos más felices. De tarde en tarde estrenaba Serrano, estrenaba Vives, estrenaba Luna, estrenaba Guerrero, que co-

menzaba su carrera, esa carrera suya que, por lo rápida y veloz, solo puede compararse a la que emprendieron los 10.000 al mando de Xenofonte. Pero estos estrenos eran aislados.

Los críticos y los cronistas empezaron a quejarse de aquello con lamentos que pulverizaban el alma. ¿Dónde estaba el arte lírico español? ¿Dónde se escondía la zarzuela española, glorioso género de antecedentes magníficos?

¿Dónde se ocultaba? ¿Dónde? Toda España se echó a buscar la zarzuela, como si se tratase de un pasador de cuello que se hubiera caído bajo un sofá. Y, naturalmente, los seres que se encontraban en disposición de escribir una zarzuela — 19 millones y medio de españoles — escribieron su zarzuela correspondiente, procurando *dar al músico muchas situaciones líricas*.

Todos sabéis lo que esto significa. Dar muchas situaciones líricas al músico es navegar en un esquife por el océano de la incongruencia.

El libretista se sienta ante la mesa de su despacho y piensa: «Tengo que darle situaciones líricas a Fulano, muchas situaciones líricas»... E inmediatamente, piensa en componer una zarzuela cuyo protagonista es un capitán enamorado. Y se dice satisfecho: *¡esto sí que es lírico! ¡Ea, a trabajar!*

Conozco y soy amigo de varios capitanes. Algunos han estado en África; otros no han salido de la península, pero, precisamente, todos ellos están enamorados. Y, sin embargo, reuniendo como reúnen las condiciones de enamorados y de capitanes, yo nunca les he encontrado demasiado líricos. Me inclino a pensar que no sirvo para escribir zarzuelas con muchas situaciones musicales.

En las zarzuelas de capitanes enamorados, el protagonista se encuentra con unos amigos. Estos le preguntan: —¿Qué tienes, Rolando? Te vemos muy triste.

—¿Qué te ocurre?

—¿Cómo puede hallarse triste un hombre a cuya sola presencia enloquecen las mujeres?

Y el capitán responde:

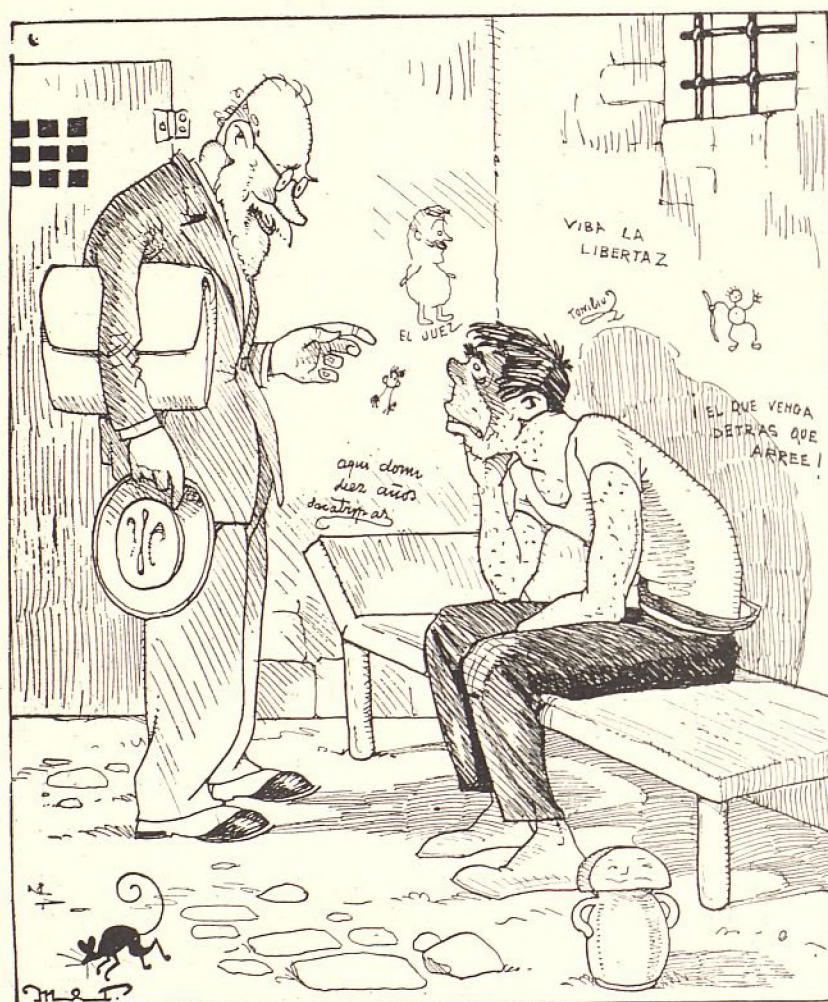
—¡Estoy enamorado!

Se ha llegado a la situación lírica y el capitán enamorado canta una hermosa romanza explicando cómo se enamoró.

Juro sobre los fosfatados huesos de mis ascendientes que varios de los capitanes enamorados, con cuya amistad me honro, me han hablado de su amor largamente. Pues bien, ninguno me ha dicho que conoció a su novia cantándole una romanza.

El último de ellos, el capitán Nolasco me hizo sus confidencias amorosas en el Retiro, un hermoso atardecer de este otoño en fiestas. Afirmando que el anochecido inclinaba el alma a la melancolía. Los árboles iban quedando desnudos y una brisa suave arrastraba las hojas caídas. Las frondas perennes susurraban una canción misteriosa.

Entonces el capitán Nolasco, del re-



Dib. MEL.—Madrid.

CONSOLATRIX AFLICTORUM

—¡Veinte años, zeñó; veinte años!

—¡Vamos hombre: no hay que afligirse; ahora vamos para el invierno y los días son muy cortos!...

gimiento de infantería de Saboya, número 6, me dijo dulcemente:

—Estoy enamorado, Enrique.

—¿Es posible? —dije alegremente.

—Sí, Estoy enamorado.

Nunca como entonces tuve la seguridad de que el capitán iba a empezar a cantar su romanza. La tristeza exquisita del parque en el crepúsculo, el temperamento poético de mi amigo, el susurro de las frondas perennes, todo, todo me llevaba al convencimiento de que Nolasco iba a cantar. Tanto es así que le dije:

—Cuéntame la historia de ese amor, pero procura no desafinar en el rítonello.

Nolasco se me quedó mirando fijamente.

—¿Qué dices? —murmuró extrañado.

—Eso. Que no desafines, porque me gustaría oír la romanza en toda su pureza melódica. Empieza cuando quieras. Voy a cerrar los ojos para oírte mejor.

Luego, recordando que los capitanes enamorados siempre han encontrado a sus amadas en sitios poéticos, añadí:

—¿La encontraste en el estanque de los sauces o en el puente de la peña?

—La encontré en la puerta del Real Cinema.

—¡Caramba! Eso no me gusta nada.
¡Vaya un sitio de encontrar una novia!

—Te advierto —repuso el capitán, que no sabía qué pensar de mi actitud—, que el capitán Lagunilla encontró a su novia en la estación del Metro de Ríos Rosas.

—Es imposible.

—Como lo oyes.

—Pues no estará enamorado de ella.

—Está enamoradoísimo.

—Entonces no será capitán.

—Ascendió cuando el combate de Tazza.

—¡No me lo explico; la verdad es que no me lo explico!

Nolasco empezó a impacientarse.

—¿Pero qué es lo que no te explicas?

—Que siendo capitanes y estando enamorados no encontraseis a vuestras novias en algún sitio poético. Y no se diga que los sitios poéticos se han terminado. Ahí está la Moncloa... ¿Por qué no encontraste a tu novia en la *fuente de las damas*, por ejemplo?

—¡Diablo! —gritó Nolasco encolerizado—. Si todo el mundo encontrase a su novia en la fuente de las damas no se podría circular por la Moncloa.

—Perfectamente —dice, vencido por aquel razonamiento—. Transijo con que la encontrases a la puerta del Real Cinema. Pero ¿cómo se llama?

—Heliodora.

—Es un nombre inadmisibile para ser novia de un capitán enamorado. Debía llamarse Fiorella, o Florinda, o Rosalinda.

—Enrique, yo creo que estás perturbado. Has trabajado demasiado el pasado invierno —contestó con pena No-

lasco—. Creo que debías tomar glicero-
fosfatos.

—No estoy perturbado. Por el contrario, aún aguardo a que me cuentes tu amor en una romanza.

—Yo no haré nunca semejante estupidez.

—¿Que no? ¿Acaso el melancólico aspecto de este parque no te incita a ello?

—No. No me incita. Además yo no sé cantar.

—¡Basta! —concluí levantándome—. He visto muchas zarzuelas de capitanes enamorados y sé a qué atenerme. Ni tú estás enamorado, ni eres capitán. No quiero la amistad de un embustero. Adiós.

Me fuí. Y tuve que correr mucho, porque Nolasco me perseguía bramando de rabia y con el sable desenvainado. En la calle de Alfonso XII tomé un taxi.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

LAS TRES VIRTUDES TEOLÓGICAS

Ayuntamiento de Madrid

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS.

UNA TOURNÉE DE ¡VAYA USTED CON DIEU!

Han venido los de Eslava de París.
Oh, la, la.

*Bonjour, mesdames, messieurs,
comment ça va?*

¿Qué es que vos me decís
madame Catalina?

Ya sé que habéis estado extraordinaria
en «La chica *du chat*».

Ya sé que sois la única

—según dice Coolus—

(y diciéndolo él, como nosotros,
¡ni una parole de plus!)

que vos sois «la actriz única

que ha podido emular

a las dos comediantes de estos tiempos:
la Duse y la Rejane».

Ya sé, monsieur Gregorio,

—Gregoire Martínez Scie—

que os han hecho justicia en toda regla.

Y ¡cómo no! *ja voir que viel*

Ya sé (por si tenáis

pocas cruces aquí)

que os han dado otra cruz porque han
que sois un *oncle de vue*. [sabido]

Sé que los días de *première* cuando
a Pepita llorar [escuchaban]

decían los franceses convencidos:

«Es una chica de *première*».

Ya sé, monsieur Manolo,

Manolo Colladó

que os han *trouvé* muy flaco

mais cependant très beau.

Ya sé *madame Satours*

que tuvisteis aplausos a millares

a toutes les heures et tous les jours.

Sé que al ver a Milagros exclamaron:

—*Que c'est miraculeux*

que quepa en una chica tan petite

tan gracia, *mon Dieu!*

Sé que Anita Quijada

(*madame Mandibule*)

llenó todo el teatro

de una admiración *majuscule*.

Y al ver a la Garcés (Isabelita)

«Epatante, parbleu:

las tres gracias en una»—se dijeron—

y ella les dijo:—¡No hay de qué!—.

Sé también por idéntico conducto

que la Santaularia (*cader*)

les gustó a todos como a mí;

¡también lo sé!

Y con Rosita Díaz

se chuparon les *doigts*

una vez y dos veces y tres veces

(*une fois, deux fois, trois fois*).

Y que de Luis Manrique

dijeron de *toute cœur*:

Que es un hombre gentil y bien simpá-

y buen actor, *ce vieux marcheur!* [tíco]



Catalina Bárcena, que ha obtenido en París un gran éxito.

Y de Carlos Baena, no digamos:

«Es este gran actor

—capaz de hacer—dijeron—

un *tour de force*... y un tour de Ford!

Y que cuando salió Crespito a escena

una voz dijo:—Anda la mar;

es un *chef d'œuvre* este muchacho,

¡parece un Fragonard!

Y que Ricardo de la Vega

«l'hidalgó»

fué aclamado con los vítores de: ¡Viva

la kermesse de la Colombel

Y a Pérez de León cuando le vieron
dijeron:—¡Sí, señor:

este es el veritable

Lión d'Or!

Y sé de buena tinta

que al salir Alagón

hubo algunas marquesas que cantaron,

suspirando, *Mon homme*.

Ha sido realmente extraordinario

y me alegro la mar.

Celebro verlos buenos y ¡que sigan

los laureles!—*Bon soir*.

En La Latina, «Volver a vivir», de Felipe Sassone.

Se cierra este número sin tiempo para dar cuenta del gran éxito, del éxito extraordinario obtenido por Felipe Sassone, Francisco Morano y todos los de su compañía, especialmente Paco Hernández—el de siempre—, Fifi Morano, encantadora, y Muro, excelentísimo actor.

Aunque deprisa, y en cuatro palabras, no queremos dejar de anotar el acontecimiento aunque hablaremos del caso en nuestro próximo número, con la detención que merece.

Acontecimiento, porque la obra nos pareció tan buena como la interpretación y la interpretación tan buena como la obra. Aquí no puede haber aquello de «La compañía de tal hizo muy bien la obra». Hay veces en que, en efecto, la verdadera obra la hacen los cómicos.

Aquí la re-presentaron. Sassone se la presentó a ellos requetebién y ellos nos la volvieron a presentar, nos la re-presentaron a nosotros tan requetebién como hacía falta.

Insistiremos.

En el Infanta Isabel.
«La dama salvaje» y
el Niño de la Palma.

El señor Deza, es autor que a los veinte años ha estrenado dos comedias dignas de consideración: *Ha entrado una mujer* y *La dama salvaje*. Tantas dotes parece demostrar este muchacho en las obras estrenadas que ya le llaman por ahí *el Niño de la Palma*.

Esto supone un éxito sin precedentes. Si le hubieran llamado el Shakespeare de la Barquillera, o el Víctor Hugo de la Cibeles, nadie hubiera creído que iba en serio. Si le llamaran el Lope de hoy hubiera salido alguien diciendo: «Será, el López de hoy». Si le hubieran llamado el Tirso III (el primero es Tirso Escudero y el segundo Tirso de Molina), lo hubieran tomado a pitorreo y hubieran dicho que era exageración. Pero ¿compararlo con un torero? Eso no tiene igual. Eso es algo serio y definitivo. Ese no es el *Niño de la Palma*; es el niño de la palma y de las palmás; es el Niño de la Bola.

Veo, sin embargo, un peligro en esta comparación taurómaca. En la torería existe la costumbre de los bajonazos, y otros expedientes para despachar a la fiera con trampa. Los fenómenos suelen dominar ese procedimiento. El joven Deza tiene asimismo una aptitud que pudiéramos llamar fenomenal para hacer bien las cosas bien y bien las cosas mal. No se crean que esto segundo no es un elogio: las cosas mal no se hacen bien tan fácilmente. Hay que saber también para hacer lo malo.

Eso es lo malo. Pero también es lo bueno, porque se aplaude. Eso es lo malo. Quiero decir—de un modo lo más tierno posible—que lo malo se aplaude más que lo bueno, siempre que esté bien hecho, y el que sabe hacer bien lo malo corre el riesgo de tomarle el gusto y preferir a las palmas las palmás.

La señora Meliá nos gustó, francamente. ¿Para qué vamos a decir otra cosa? Es graciosa, bella, gentil; cam-



La graciosa Pepita Meliá en *Rirri*.

bia de expresión con gracia y desparpajo.

Tiene gracia, tiene belleza, tiene elegancia, tiene soltura en los cambios de expresión, tiene afición, tiene una obra nuestra, ¿qué más se le puede pedir? (1).

(1) *Nota*.—Esto es una broma. No tiene ninguna obra nuestra. Pero la tendrá: tiene talento suficiente para eso.

ENTREACTOS

El director de un periódico se vanagloriaba de tener la redacción más formal, íntegra, caballerosa y morigerada de la tierra.

«Esto no es una redacción—decía—, es una familia de personas intachables.»

Uno de sus redactores se le acercó una vez y le dijo que quería hablarle a solas.

El director se encerró con el redactor en su despacho.

—No es asunto del periódico—dijo el redactor—, es un asunto privado, particular.

—No importa, hijo; nosotros somos una familia, etc...

—Se trata de que quiero contraer matrimonio.

—Perfectamente bien, hijo mío. No veo inconveniente. El matrimonio es el estado perfecto, etc...

—Pero es que mi mujer... la que va a ser mi mujer...

—¿Qué le pasa, hijo mío?, hable en confianza.

—Que... no es muy católica.

—¡Ah!...—dijo el director, y se quedó con la mano en alto, sosteniendo una carta que estaba desdoblado.

—Sí, mi querido director; mi futura señora es... protestante.

La mano del director cayó.

—Ah, ya... Caramba, hijo mío... ¡Qué susto me había dado usted!...

Ayer nevó en Marsella... No se pueden ustedes figurar. ¡Un horror! ¡Más de un metro de nieve!...

—¿A lo ancho?—preguntó un escritor que escuchaba.

La mujer de Mirbeau preguntaba un día a Jarry:

—Pero, por Dios, ¿por qué bebe usted tanto?

—¡Para ser fuerte, señora! ¡Fuerte como un toro!

—¿Fuerte como un toro? Y se figuran ustedes que los toros beben ajeno como usted.

—¿No beben ajeno?

—No, señor.

—¿Está usted segura?

—Segurísima.

—Los compadezco... ¡Pobrecillos!

Estaban menudeando en aquella temporada de un modo alarmante los duelos entre periodistas:

—Se está poniendo esto muy serio—decía uno a otro—. ¿Tú sabes tirar a las armas?

—Yo, sí... un poco... Para servir de testigo, de sobra...

MANUEL ABRIL

LA PENITENCIA

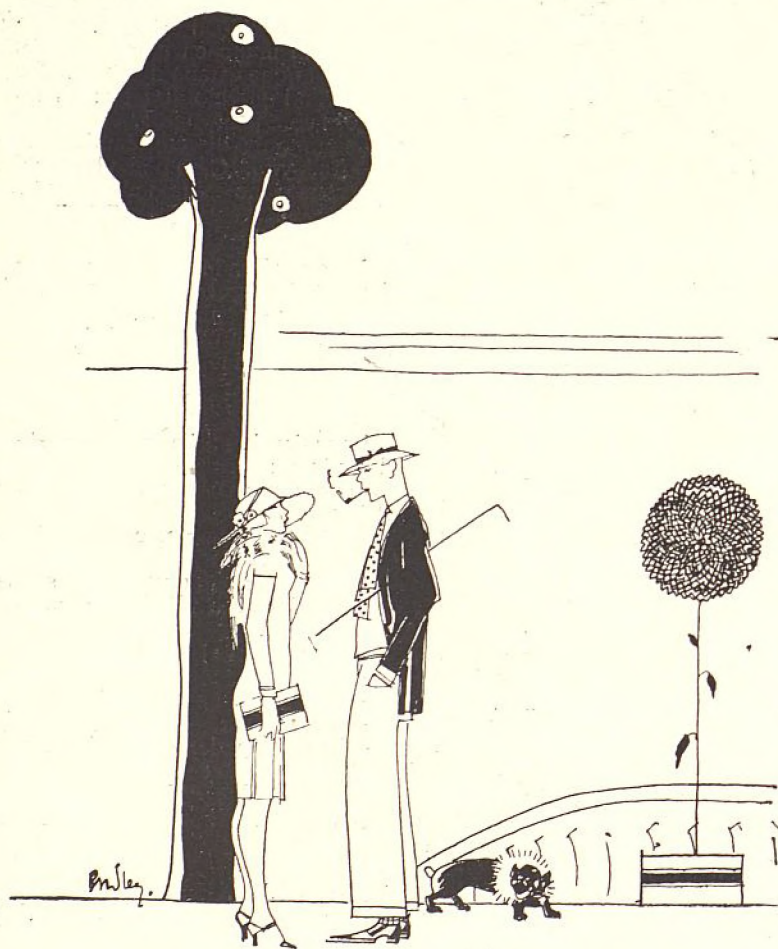
Heriberto Calamocha era un inmundo pecador, a pesar de ser amigo mío. Es verdaderamente lamentable que un escritor tan honrado como yo tenga amigos de semejante clase pero, como mis lectores comprenderán, los amigos no son como los langostinos que si no están frescos no se toman y en paz, o como la leche de vacas que si no es pura y sin mancha se denuncia y a otra cosa... Al amigo hay que tomarle como viene; y, aunque huelga mal y aunque esté adulterado, hay que quererle y perdonarle porque lo manda Dios y porque lo aconsejan la mar de santos y de santas que saben de estas cosas mucho más que nosotros.

Decíamos, pues, que Heriberto Calamocha era un pecador, indecoroso hasta el escándalo y recalcitrante hasta la contumacia, que tenía atemorizados a todos sus conocimientos y que no nos atrevemos a decir cómo tenía a sus *conocimientos* porque esto sería faltar demasiado al respeto que debemos a nuestros admiradores y compradores amantísimos. Era Calamocha una víctima de todas las más nefandas tentaciones que se han inventado para fastidiar al hombre tranquilo, un demoníaco perseguidor del sexo bello (y de parte del que llamamos bello por cumplir, pero no porque sea verdad), un concienzudo expelador de

piropos incendiarios y multables con cien pesetas cada uno, un infatigable corredor de criadas y hasta un próximo raptor de una chica de Villafranca del Panadés que, a la hora en que esculpimos estos párrafos, no se ha fugado con Heriberto por estar esperando la rebaja de trenes que se anunció con motivo de los festejos de Otoño, pero que se fugará seguramente al ver que toda esperanza está perdida y antes de que, con ocasión de finalizar los susodichos festejos, haya una subida de trenes mucho más posible que la rebaja porque es a lo que se tira hace mucho tiempo y lo que ocurrirá el día menos pensado.

Debemos decir también que Calamocha, además de pecador, era algo religioso y que cada barbaridad que cometía se la contaba luego a un sacerdote bondadoso, principalmente para que le perdonase y pudiera volver a empezar a hacer el indio como dijo el otro. A causa de esta facilidad que tenía el noble prelado para quedarse tan fresco ante los desmanes deshonestos de Heribertillo, éste menudeaba cada vez más sus atroces pecadazos y aquello se iba poniendo francamente intolerable y catastrófico. Calamocha, teniendo en cuenta las escasas penitencias que sus livianas faenas merecían, arreciaba en la infamia concupiscente y cada nueva confesión aumentaba en un tres mil por ciento las proporciones del pecado. Con decirles a ustedes que un adulterio completo, con deterioro de bastantes muebles de la propiedad del burlado, fué castigado con una penitencia de siete credos (aunque parezca *incredible*), me parece que basta para darles idea de la tolerancia estrambótica del parvo confesor.

Naturalmente, llegó el abuso. Heriberto empezó a consumir terroríficos aientados y el sonriente sacerdote comenzó a rascarse la oreja y a arrugar el ceño antes de pronunciar sus fallos. Una escena violenta con una viuda, no consintió en perdonarla más que con la condición de rezar cuatrocientos padrenuestros a los cien mil hijos de San Luis. La repetición de la misma escena con una soltera fué castigada



Dib. BRADLEY.—Mad. id.

- ¿Me quieres decir por qué cada día llevas el vestido más corto?
—Porque nosotras, con que llevéis vosotros la tela, tenemos bastante.

con cien mil padrenuestros a los mismos hijos, gracias a lo cual cada hijo de San Luis tuvo su padre correspondiente y no hubo discusiones en el reparto. Y la traidora seducción que Heriberto llevó a cabo con una chica del Metro, a la que sacó del túnel para llevarla a un sitio todavía más obscuro, sacó al confesor de sus casillas y de sus casullas y le convirtió, de sacerdote consciente, en juez inflexible y en crítico demoledor.

—¡Eso no te lo perdono, hijo mío, como no me jures que no lo volverás a hacer más!

—¡Lo juro!—exclamó Calamocha—. ¡Si yo hubiera sabido lo sosa que era esa incauta doncella metropolitana, no habría cometido el disparate ni una vez siquiera! ¡Huelga, por tanto, decir que no lo volveré a hacer más, porque eso sería tanto como confesar que yo no distingo de señoras y que soy un primo rodeado de bombillas de filamento metálico!

—¡Pues bien!—añadió el confesor—. ¡Te obligo a encender siete velas a San Exoristo, a rezar veinte salves a la virgen del Puerto y a comer pescado de Las Corufesas todos los viernes del año que viene, aunque revientes, para absolverte de tan detonante pecado!

—¡Hecho!—repuso Heriberto—. Y abandonó a su confesor, confortado y optimista como siempre.

Pero como ustedes habrán adivinado, porque ustedes son más listos que los lectores de otros periódicos, Heriberto Calamocha siguió pecando a galope tendido. También se habrán figurado ustedes que Heriberto acabó por quedarse sin una peseta, porque el pecar cuesta mucho dinero y el que presume de que sale gratis es un farsante al que no le deben saludar ni los sacerdotes, por buenos que sean. Y, efectivamente, Calamocha vió un día que en sus múltiples bolsillos no quedaba más que el sedefío forro y, como no estaba dispuesto a cejar en su satánico frenesí, pensó en la manera de arbitrar recursos para que continuase la juerga.

Y Heriberto fué ladrón.

Sí, señores, Heriberto robó. Amigo suyo, como dije al principio, me sonroja reconocerlo, pero le reconozco

porque, si no lo quisiera reconocer, no podría acabar este artículo ni cobrar lo que por él me pagan, que me hace más falta que a Heriberto el producto del robo, pues lo mío no es para pecar sino para pagar al casero, que no es un pecado aunque es una cosa mal hecha que ustedes sabrán dispensarme.

Y como ya es hora de decir lo que robó Heriberto, que es lo que nos importa, sepan ustedes que tenía un vecino librero y que, amparándose en las sombras de una tétrica noche decembrina, penetró en la librería y se llevó doscientos volúmenes de los siguientes autores: Pirandello, Sánchez Toca, Ricardo León, Einstein, Hoyos y Vinent, Freud, Maura, El Caballero Audaz y Emilio Salgari, pensando con su reventa sacar las pesetas suficientes para comenzar un idilio desorbitado con una acróbata polaca que le había hecho un guiño en la pista y con vistas a la pasta.

Pero, al consumir el robo, Heriberto se arrepintió y, antes de vender los volúmenes, quiso contar con la opinión del sacerdote para hacer el nego-

cio al mismo tiempo que la penitencia.

—¡Padre! ¡He hecho esto! ¡El delito no es grave porque se trata de obras de poco valor! ¡Son libros de Emilio Salgari, El Caballero Audaz, Maura, Freud, Hoyos y Vinent, Einstein, Ricardo León, Sánchez Toca y Pirandello!

El confesor ya no pudo más. Le dirigió una mirada de fulminación y lanzó estas frases lapidarias y tajantes:

—¡Réprobo! ¡Demonio! ¡Huye! ¡No vuelvas más a mi presencia!... ¡No puedo absolverte! ¡No hay penitencia bastante para esto!

—¡Alguna habrá, padre! ¡Perdón para este miserable pecador!!

El rostro del sacerdote se iluminó de pronto seráficamente.

—¡Espera! ¡Tengo una penitencia! ¡Cúmplela y estás salvado!... ¡¡Léete esos doscientos volúmenes, dos veces cada uno, y vuelve por mi perdón!...

Heriberto miró al cielo, abrió la boca, extendió los brazos y cayó al suelo redondo.

La había diñado para siempre.

ERNESTO POLO

Dib.
SALMERÓN
Madrid.

ÓPTICA INFANTIL

—¡Seguramente este cura tan grande es el que dice la misa mayor!...



UNA POETISA

Nuestro viejo amigo el fantástico Ruiz Contreras ha cometido una fantasía más: una fantasía generosa y juvenil de esas que sólo se encuentran en los viejos. Recibió en una ocasión el libro de una muchacha, Raquel Sáenz, y como le gustó, no sólo recomendó el libro a todo el mundo, sino que ha hecho una edición para regalársela a la autora y conseguir que conozcan a la poetisa los lectores españoles. ¿Eh qué tal? ¿Va o no va ese arranque gallardo con el sombrero de anchas alas que da romántico aspecto a la corpulencia de Don Luis?

Este es el hecho.

La autora es esa que en el grabado presentamos, — la dama por supuesto, no se vayan a suponer que la perrita—. La autora es esa joven y el libro un breve tomo, coquetón, sencillo y sincero, que se llama *La almohada de los sueños*.

La almohada de los sueños... Sí; tenemos, desde antiguo, la convicción de que en la mayor parte de los sueños suele haber una almohada.

Una almohada, a veces, y, a veces, un juego completo. ¡Ya lo creo!

En este caso, la almohada es metafórica. Lo demás, no. ¡Ah, no!... Esta chica es terrible. Es de las que ponen a las mamás en un aprieto, porque dicen en plena visita lo que les ha pasado o lo que han visto. Total nada, no crean; que la chica tiene un novio; ya ven: uno nada más, bien poca cosa; lo menos que se puede tener. Pero en cuanto viene el novio nos enteramos en seguida si ha sido en la mejilla, o

entre las dos mejillas, o si ha sido en el cuello, y si fué uno o dos y si le negó un beso, pero se quedó con las ganas...

—Pero niña, por Dios, ¡quieres callarte!...

—Pero si es verdad, mamá.

—Pues, precisamente por eso...



Las mamás suelen decir, llevándose las manos a la cabeza:

«Estas chicas son terribles, ¡todo lo cuentan!»

A fuerza de ver las chicas que ante determinadas cosas de este mundo di-

cen las mamás «que eso no se dice», pero no les dicen «que no se hace», (sería inútil decirles tales cosas: ya ellas ven que lo hace todo el mundo) acaban por hacer y callar.

Se gana con ello prudencia se pierde, en cambio, con ello, en poesía. Porque a veces, muchas veces, la mayor parte de las veces, se conseguiría acertar en poesía con sólo decir por derecho, tal cual, con toda implacable exactitud, lo que nos ha pasado, lo que ha pasado por nosotros en tal o cual momento.

A la señorita Raquel Sáenz no le ha pasado casi nada: un poquitín de novio, un poquitín de ponerse el novio de rodillas y un poquitín de levantarse en seguida para estar a la altura de... las circunstancias; un beso concedido, sin importancia; otro beso no concedido que adquiere importancia porque al quedarle en depósito va produciendo réditos; un poquito de ausencia y de recuerdo y de dolor... y... de recurrir a los versos como recurso de casación, cuando halla el recurso de casamiento. Lo de siempre.

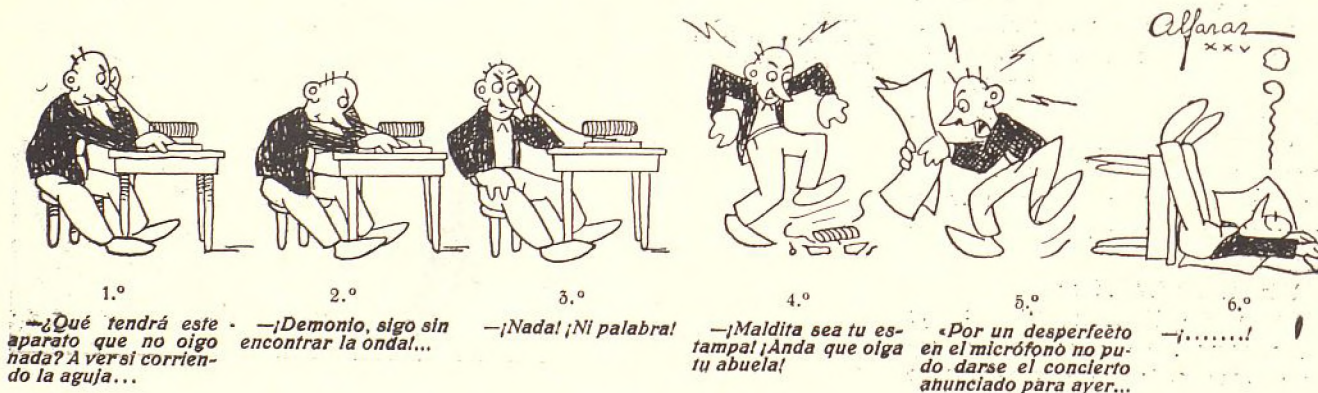
Ahora que esta chiquilla, terrible chiquilla, lo dice, y cuando acierta a decirlo, acierta y se acabó.

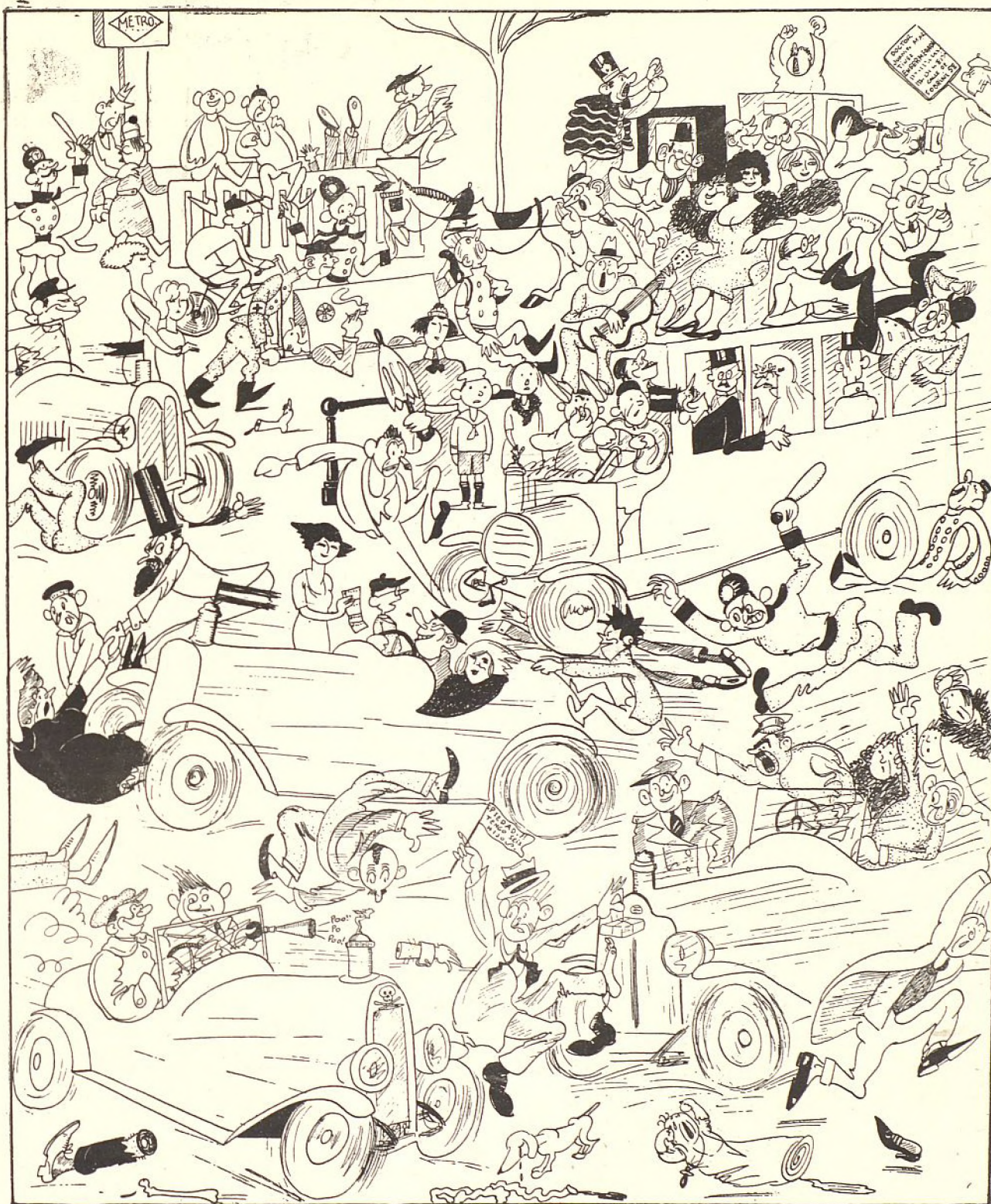
Los versos son incorrectos, desiguales, como Dios quiere; pero es que ¡cualquiera se para a componer los versos más o menos teniendo el novio tan cerca... o tan lejos! En un buen medio estaría la virtud, pero en ciertos casos ¡no hay medio! ¡Gracias con que haya virtud!

M. A.

LA DESESPERACIÓN DE UN RADIOESCUCHA

por Alfaraz, Madrid.





Dib. SAMA.—Madrid.

NOTICIAS DE 1935

«... En Madrid disminuyen los atropellos: ayer sólo se registraron 3.425 personas atropelladas, de las cuales solamente fallecieron 3.422.»—LOS PERIODICOS.

CUESTIONES DE POCO PESO

LA TACAÑERÍA AMBIENTE

Cuando yo era chico—y no soy ningún vejstorio—existía, sancionada por la tradición, la grata costumbre de que todo feliz mortal que podía permitirse el lujo de salir durante el verano a tomar baños de mar, trajese a sus amistades algún pequeño regalo.

Estos regalos consistían primeramente en unas cajitas muy cursis, hechas con caparazones de caracolíitos más o menos tornasolados y conchas de almejas, lapas, jibias y otros bicharracuelos más o menos putrefactos. ¿En qué casa de la clase media no había, hace veinte años, alguna de esas cajitas, destinada a guardar los hilos y agujas de la costura de la madre o los lazos, ahorrillos y cartas amorosas de la hija?... Eran unos estuches monísimos y resplandecientes. Los

moluscos se adherían a ellos con perseverancia y ahinco de náufragos que no quieren salir de su elemento y que se proponen hacer de la tierra una continuación del mar y seguir viviendo, como en éste, agarrados a una roca. Daba gusto verlos.

Después, las cajitas de conchas cayeron en desuso, siendo sustituidas por unos maravillosos mangos de pluma, alfileteros, cortapuros, navajitas y otros pequeños utensilios de aplicación doméstica, en los que existía un diminuto y misterioso cristal, donde aplicando razonablemente el ojo, se podía ver unas casitas, unos árboles o un trozo de playa, con estas sensacionales inscripciones: «Recuerdo del Sardinero», «Recuerdo de Vigo», «Recuerdo de San Sebastián»... Yo recuerdo

—y no trato de jugar el vocablo, porque, lejos de tener gracia, sería una sandez—que aquellas *vistas* me causaban una emoción innegable. No había estado en ningún puerto de mar y verlo, aunque fuera por un agujerito, constituía para mí la realización del bello ideal de los diez años, sólo comparable al de la primera carta que todavía no se ha recibido o al de la primera novia, que acaso no ha nacido aún...

Posteriormente, aquellos deslumbradores objetos cayeron, a su vez, en una denigrante postergación. ¿Qué familia medianamente acaudalada podía traer, por todo regalo, un manguillo en cuyo canuto estuviere incrustado el muelle de Lequerica o un alfiletero que tuviera dentro de sí el puente colgante de Portugalete? Hubiera sido una aberración insostenible.

Y entonces vinieron las langostas vivas, auténticas y absolutamente comestibles, a reemplazar a los anteriores regalos, ya pasados de moda, y como obsequio elegante, fino, verdaderamente suntuoso y aristocrático. Una langosta viva es algo enorgullecido y tonificante. ¿Quién ha tenido una langosta en su casa, sin decírselo a todos los amigos, uno por uno, sin sentir ganas de comunicárselo también a los que no son amigos y hasta de publicarlo en los periódicos, para mayor notoriedad y prestigio? ¿Quién ha comido hoy langosta sin que mañana lo sepan en la oficina, en el café, en la fábrica, en la redacción? ¡Cuántas cartas se habrán escrito por el solo hecho de haber comido langosta el remitente! ¡Cuántos aperitivos habrán despachado los dueños de bares ante el presagio estomacal de una langosta!...

Hoy todos los regalos de los afortunados mortales que toman baños de mar han quedado suprimidos. Ni la cajita de caracoles, ni el alfiletero, ni la succulenta y rosada langosta. La vida ya no tiene alicientes para los cuatro desgraciados que no podemos salir de Madrid durante el estío y que hemos de contentarnos con oír la radio, beber agua del botijo y comer, a lo sumo, un cangrejo de mar... Así se comprende cómo en estas noches calurosas de final de verano se ve a tantas personas tristes. Sienten, sin duda, la nostalgia de aquellos días venturosos en que los amigos pudientes, al regresar de las playas remotas, les traían una cajita hecha con caracoles, un cortapuros con vistas de Bilbao o una langosta vivita y coleando.

MARCIANO ZURITA



Dib. PIQUÍN.—Madrid.

—¿Por qué llevas esas gafas negras, pequeña?

—Porque se murió mi abuela, y me han dicho en casa que las niñas tienen que ir de luto ..



DEL BUEN HUMOR AJENO



UN ENCUENTRO

POR ARKADY AVERCHENKO

Dos caballeros avanzaban por la misma acera en direcciones opuestas.

Cuando se hallaban a dos o tres pasos de distancia uno del otro, el que llevaba la izquierda miró con indiferencia al que llevaba la derecha y se apartó, sin interrumpir su marcha; pero el otro gritó alegremente, abriendo los brazos:

—¡Señor Toporkov, dichosos los ojos!... Hace un siglo que no le veo.

Toporkov se detuvo y clavó los ojos en el efusivo caballero, tratando de recordar dónde había visto aquella cara redonda, fugosa, benévola, que no le era desconocida. Pero todos los esfuerzos de su memoria fueron vanos. Aquella cara sonriente era un enigma para él. ¿Quién sería aquel señor?

—Buenos días —contestó, por no ser descortés.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó el otro—. Parece que no estamos de muy buen humor.

Y añadió en otro tono:

—¡Me ha entusiasmado el último artículo de usted! Hace tiempo que no he leído una cosa tan fuerte, tan intensa y tan bella. Y eso que mi oficio me obliga a leer mucho. Sería para mí una verdadera satisfacción que me encargasen estudiar esa joya.

«Debe de ser un crítico», se dijo, halagado, Toporkov.

—Es usted muy amable —repuso, estrechando la mano del viejo—. Le agradezco tanto...

—Es un artículo admirable, amigo Toporkov. Soy un lector asiduo de los trabajos de usted, no sólo por razón de mi oficio, sino porque me encantan. La literatura es mi debilidad, aunque muchos crean que en ella sólo me interesa el aspecto... extraliterario.

«¿Será un editor?», pensó Toporkov.

Y trató de nuevo de recordar dónde había visto a aquel caballero, dónde le había conocido.

—¿Y Blumenfeld? —inquirió el viejo—. ¿Se vende mucho su periódico?

—Blumenfeld acaba de salir de la cárcel. Sabrá usted que le condenaron a dos años de prisión.

—¿Cómo no voy a saberlo? Le condenaron por el artículo «Política sangrienta»...

—¡En efecto!

—¿Y ha cumplido ya sus dos años de condena? ¿Cómo pasa el tiempo!

—Veo que sigue usted de cerca la labor periodística de Blumenfeld.

—¿Cómo no voy a seguirla? ¡Blumenfeld es, por decirlo así, mi ahijado! Toda la juventud marxista, lo mismo que la populista y la neocrisiana,

ha pasado por mis manos. Sinitsky, Yakovlev, Guerchbaum, Pinin, Rukavitzin... A propósito: ¿ha leído usted el último artículo de Rukavitzin? Su teoría acerca del proletariado agrario no me convence... ¡En cambio, Guerchbaum!... ¡Qué talentazo! Es uno de nuestros publicistas de más brillante porvenir. Yo, no sólo leo todos sus artículos, sino que los recorto y los colecciono en un cuaderno. ¿Y sus libros? ¡Sus libros constituyen el mejor



EL DOCTOR.—Respire usted fuerte y diga tres veces noventa y nueve.

EL ENFERMO.—¡Doscientos noventa y siete!

(De The Passing Jhow, Londres)

ornamento de mi biblioteca!... Tiene usted que venir un día a ver mi biblioteca.

«¿Será un bibliófilo?», pensó Toporkov.

—¿Sabe usted que la apelación de Guerchbaum al Tribunal de casación ha sido desechada? Guerchbaum tendrá que pasarse medio añito en la cárcel.

Toporkov se dijo: «¿Será un abogado? Tal vez nos hayamos conocido en la Audiencia».

—El abogado de Guerchbaum —prosiguió el anciano— estaba seguro de que se casaría la sentencia. Pero yo sabía que no... ¿Ha leído usted el último número de *La Tempestad*?

—No.

—¡Léalo! ¡Viene un artículo admirable de Kudinov: «Etapas»! Mi mujer y yo hemos llorado leyéndolo. ¡Qué talentazo!

—¿Sabe usted que Kudinov ha sido procesado, en virtud del artículo 129 del Código penal?

—¿No he de saberlo? También ha sido procesado Lesevitsky, el director de la revista. La situación de Lesevitsky es muy grave; pesa sobre él otro proceso, que quizá le cueste seis años de trabajos forzados. Lo de Kudinov se reduciría a año y medio de cárcel... A propósito: ¿dónde podría yo encontrar un retrato suyo?

—¿Para qué quiere usted el retrato de Kudinov?

El viejo se sonrió, confuso, como un colegial que se ve obligado a confesar una flaqueza.

—¡Soy tan sentimental! —contestó— Quisiera añadirlo a mi colección: tengo el de Pinin, el de Kovaleunsky, el de Robinson... Son la gloria de Rusia, y me honro decorando con sus efigies mi despacho. Tengo también el célebre retrato de Ichmetiev, pintado por Kulchitsky: lo compré en la última Exposición. ¡Qué talento, amigo Toporkov, el de Ichmetiev! Es un poeta formidable. No me canso de leer sus poemas, sobre todo *El alba roja*.

—El pobre ha sido detenido y procesado con motivo de la publicación de ese poema.

—Me sé de memoria los versos que han dado lugar al proceso.

«Si queréis triunfar, lanzaos contra el enemigo en fuertes columnas cerradas. ¿Cómo sin lucha vais a vencerle?»

¡Eso es poesía! ¡No lo que escriben hoy la mayoría de nuestros poetas! El fuego sagrado se ha extinguido. La juventud se entrega al cubismo, al futurismo... ¡Es una triste época la nuestra!

—Yo creo que Ichmetiev no será condenado.

—Se engaña usted, amigo mío. Sin un año de cárcel no se escapa.

—Sus amigos hemos tratado, en vano, de conseguir su libertad provisional.

—Me he opuesto yo a que se le conceda...

—¿Usted? —interrumpió Toporkov, creyendo no haber oído bien.

—¡Yo, claro! No se puede dejar en libertad a un hombre que ha escrito unos versos tan atrevidos. Yo no hubiera consentido nunca...

Toporkov estaba estupefacto.

—¿Usted? Pero usted...

—Y crea usted —continuó el anciano, sin parar mientes en el asombro de su interlocutor— que si sólo se le condena a un año de cárcel será muy a pesar mío. Yo haré todo lo posible porque se le condene a dos años...

—¿Pero usted quién es? —exclamó Toporkov, cuyos nervios estaban tensos como las cuerdas de un violín.

En los labios del viejo se dibujó una sonrisa picaresca.

—¿No me ha reconocido usted, hombre de Dios? ¡Soy el fiscal del Tribunal Supremo! Hace tres años le denuncié a usted por su artículo «El régimen agonizante». Le defendió a usted un gran abogado, Ivan Petrovich Rudakov, y lo hizo con tanta elocuencia, que, lo confieso, temí que fuera usted absuelto. Pero si Rudakov es un abogado de talento, yo no soy un fiscal de tres al cuarto, ¡je, je, je!, y logré que le condenasen a usted a un año de prisión.

Toporkov miraba al anciano como a una súbita y macabra aparición. Se frotó los ojos para convencerse de que todo aquello no era un sueño.

—¿Conque es usted?... Sí, sí, ya recuerdo. Me condenaron a un año de prisión; pero usted estaba empeñado en que me condenasen a tres...

—En efecto; pedía tres años, ¡je, je, je! Comprendo que era demasiado; mas ¿qué quiere usted, amigo mío? Un fiscal concienzudo... Además, para alcanzar algo hay que pedir mucho: es la base de todo comercio. El artículo, verdaderamente, valía tres añitos de cárcel, ¡je, je, je!

El anciano le guiñó el ojo a Toporkov. Luego añadió, muy serio:

—Era un artículo admirable. ¡Eso es escribir! ¡Qué fuerza, qué ímpetu!... ¿Conque no me había usted reconocido? ¡Parece mentira!... No deje usted de ir a verme. Nos beberemos un vaso de vino y verá usted mi colección de retratos. Que le acompañe Blumenfeld. ¡Somos viejos amigos, ¡je, je, je!

Sacó de la cartera una tarjeta, se la alargó a su atónito interlocutor, le estrechó la mano, sonriéndole amistosamente, y siguió su camino.



ELLA. — Te casaste conmigo sólo porque heredaré una casa de mi tía.

EL. — ¡Oh! nada de eso; lo mismo hubiera hecho si la hubieras heredado de otra persona cualquiera...

(De London Mail, Londres.)

P. T. T.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

E. A. R. Bilbao.—A nosotros no nos asusta su señora madre política. Nos dá mucho más miedo la nuestra. Un negocio: ¿quiere usted que cambiemos?

E. Aranaz.—Es tremendamente inadmisible.

Cartujo. Granada.—Tiene usted menos agilidad mental que una sanguluela, menos gracia que un ojo de gallo y peor ortografía que una mecanógrafa aficionada al jazz-band.

P. P. P. Barcelona.—¡Si estará mal escrito que, a pesar de lo viejo que es el cuento y de lo conocido nuestro que siempre ha sido, no hemos caído en que se trataba de él hasta el final... Claro que conocer el cuento y decirle: no vuelvas más por aquí, ha sido cosa de dos minutos. Porque es que usted no sabe las veces que ha venido ya el susodicho cuentecillo, antes de traérnosle usted de la mano.

¡¡¡PARA BODAS!!!

SEGURA
FOTÓGRAFO

4. Puerta del Sol, 4.
Teléfono 41-52 M.

Restituto Ferial. Madrid.

¡Qué bruto eres, Restituto!
¡Mecachis en diez, qué bruto!
¡Eres una cosa seria de bestia, querido Ferial!

Y con esto, suponemos que ya te habrás dado cuenta de la opinión que nos mereces. Ahora bien, si quieres que te lo aclaremos un poco más, avísanos y seguiremos diciéndote cosas hasta que te convenzas.

DANDY LA MEJOR CREMA PARA EL
—CALZADO—
MANUEL FERNÁNDEZ
Carrera de San Jerónimo, 14.
(LIMPIABOTAS)

E. G. G. Cádiz.—Con seriedad senatorial, le aseguramos a usted que *El cigarro* no hay manera de fumárselo. Es peor que los de la Arrendataría, aunque parezca imposible.

Procopio. Burgos.—Como para darle a usted un palo en la cabeza... Y después otro... Y después otro... Y después varios más. ¡Vamos, muchos, y todavía serán pocos!...

Inocente Quirón.—Las cosas de actualidad suelen siempre tener el triste fin que ha tenido la suya: que

PERFUMERÍA PARERA

ha creado el perfume de moda del mundo elegante y de los hombres modernos



ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

cuando les llega el turno de lectura, nos encontramos con que casi no nos acordamos del suceso que se quiere comentar humorísticamente. Tenga en cuenta, caballero nuestro, que Buen Humor se publica cada siete días, y que cada día recibimos aquí de quince a diez y seis desahogos literarios que hay que contestar por turno riguroso. Y, ¡claro!, ocurre hoy que le toca a Romanones la Lotería, a usted le da por comentarlo y escribe un articulete. Nos lo manda, pasan los días, tiene usted que esperar a que tramitemos las lecturas que tienen el derecho adquirido anteriormente, y cuando le llegue a usted la vez nadie se acuerda del suceso, Romanones se

ha gastado el dinero del premio y el comentario no tiene absolutamente ninguna gracia ni el menor interés para nuestros lectores. Este es el tristísimo caso de usted y no creemos que haga falta emplear más palabras para llevar a su espíritu el convencimiento de esta amarga realidad.

Porque no tiene rival el buen sentido prescribe, emplear para los dientes Pasta Dentífrica Orive.

E. Lozano y C. Villa.—Seguimos sin conseguir el anhelado acierto.

CUPÓN

correspondiente al núm. 204 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

AMADOR

— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

- ¡¡Me ha pisado usted!!
- ¡Usted dispense!
- ¡Si pusiera usted los pies donde debe!!
- ¡Caballero, donde *debo* no pongo yo los pies en mi vida!

De Entaño.—C. Bajo.

El voto entre mujeres.
Una.—Ya tendrás ganas de que se muera ese animal de tu marido.

Otra.—¿Por qué he de tener ganas?

Otra.—Pues porque así podrás votar...de contenta.

Ram—laci.—Torbe.

Hizo su aparición en la taberna un gitano con una gran borrachera, no dejándole ésta estar un momento quieto, y al entrar y pisarle el rabo a un gato que en la puerta tomaba el sol, revolvióse este furioso haciendo ¡fuuuuul...

A lo cual el gitano volviendo la cabeza y viéndole dijo.

—Maldita zea mi mare, ¿pos no me creí que había pizao una gazeoza?...

Domingo Hermoso.—Melilla.

Un baturro sube a un tranvía y ve que al pasar el cobrador junto a un individuo le dice éste entregándole quince céntimos:

—¡Antón Martín!

Y el baturro ni cortó ni perezoso, le dá al cobrador tres perras chicas diciéndole:

—¡Celedonio Rodríguez!

F. G. G.—Ceuta.

Un paleta muy socarrón llegó a Madrid y quedó asombrado al ver en la fachada de una casa un rótulo que decía «Calle de Claudio Coello» ¡Bah! exclamó el paleta, aquí en Madrid a todo le dan importancia,

porque en mi pueblo vemos todos los días el «Cuello de Claudio en la Calle» y a nadie se le ha ocurrido escribirlo en las paredes.

Trampolín.

En el museo.

Un pintor termina una copia de la famosa «Concepción» de Murillo, y pregunta a un amigo:

—¿Está bien la Virgen?

—Chico, *está como los ángeles*.

Vicente Miró y Calaf.—Madrid.

Ante un escaparate.

¡Oh maridito mío estoy enamorada de este abrigo de pieles!

El.—Pues entonces continuemos nuestro camino que me siento celoso.

A. Lanzarote.—Ceuta.

Diálogo.

—¿Cuántas clases de luna hay?

—Cinco.

—¿Como cinco?

—Luna llena, cuarto creciente, cuarto menguante, media luna y luna de miel.

A. G. R.—Logroño.

—¿Cual es el colmo de un electricista hambriento?

—Comerse una bombilla por ser de rosca.

Pirula.—Madrid.

Diálogo entre amigos.

—¿Como vas tan sólo Máximo?

—¡Claro, como tu vas con tu pri-

mía, la preciosa Socorro, pero todos no tenemos esa suerte!

—¿Quieres hacerme un favor ya que vas solo?

—Con mucho gusto.

—Pues llévame esa moneda de oro al cambio y que te den por ella los cinco duros que vale.

—Todo me parece muy bien con tal que tú me cedas la *prima*...

María Soler Azpiolea
«La Española»

—¿Cuál es el periódico más anti-guo?



—El *ABC* que es anterior a Dario, rey persa. Véase en abecedario

E. S.—Cuadalajara.

—¿Cuál es el colmo de un relojero?

—Darle cuerda a un suicida para ahorcarse.

Uno de pueblo.

Un radiomaniaco le preguntó a un aviador cuyo aparato llevaba estación radiotelefónica.

—¿Dónde toma usted tierra?

Y el aviador ingenuamente:

—En el aerodromo.

Fulano Mengáñez.—Tetuán.

Desde que compra Teresa, los corsés *Casa de Presa* ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

Cesáreo Alonso

Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

En c.ase.

Profesor.—Quedamos, pues, en que fenómeno físico, es el que no altera la naturaleza del cuerpo, y viceversa, el químico.—¿A ver señor López, cíteme usted un fenómeno físico?

Alumno.—El movimiento de un cuerpo.

Profesor.—Muy bien...Usted señor Pérez, cíteme uno químico.

Alumno.—(Se pone a pensar, y al fin exclama). ¡Sil...! la torta que le di anoche a un señor en el cine.

Profesor.—(Todo escandalizado). ¡Como!... que desvergüenza... ¿pero?... no es químico.

Alumno.—Claro que lo es, como que es el boticario de la esquina de mi calle.

Profesor (levantando la voz).—¡No quise decir eso!... sino que no alteró el cuerpo.

Alumno.—El cuerpo entero no pero el carrillo derecho, se le alteró bastante.

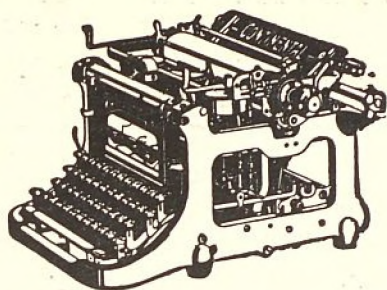
Fernando García Lago.

Se hallaban en una reunión dos señores uno de los cuales era dueño de una perra de caza que atendía por el nombre de «Diana». El animal, tendido en el suelo, aullaba hasta molestar y el señor que no era dueño del can y además ignoraba su nombre dice en tono imperativo: ¡Silencio! y como el animal continuara, su propietario le reta: ¡Diana!

Quero.—Laucién.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

La máquina de escribir **CONTINENTAL** es la predilecta.



Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA.-Clarís, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quint, 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir **CONTINENTAL**, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



La vieja.—¿Por qué os estáis pegando?
 El chico.—Es que estamos jugando a los matrimonios: ésta hace de mamá y yo de papá. (De The Passing Show, Londres.)

¿Andais en busca de la verdad?



RAMAH

Dep' 12 A
 44, Rue de Lisbonne
 PARIS, FRANCIA

Yo os diré **GRATIS** ¿Bajo cual Signo del Zodiaco habéis nacido?

¿Cuales son vuestras oportunidades en la vida, vuestras futuras perspectivas, felicidad en matrimonio, amigos, enemigos, buen éxito en todas empresas, y muchas otras cosas de vital importancia tal y como lo indica la **ASTROLOGIA**, la ciencia más interesante y antigua de la historia?

¿Habéis nacido bajo afortunada estrella? Yo os diré gratis, la interpretación más interesante del Signo del Zodiaco bajo el cual habéis nacido.

Simplemente escriba con su puño y letra la fecha exacta de su nacimiento, enviándome 80c en sellos postales de su país, para cubrir el costo de este anuncio y el porte. Vuestra interpretación astrológica vendrá escrita en lenguaje sencillo bajo cubierta, libre de porte. Gran sorpresa os espera.

Escriba ahora
—HOY MISMO—

LOS

FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

D B

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de toda clase de insectos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES

BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO

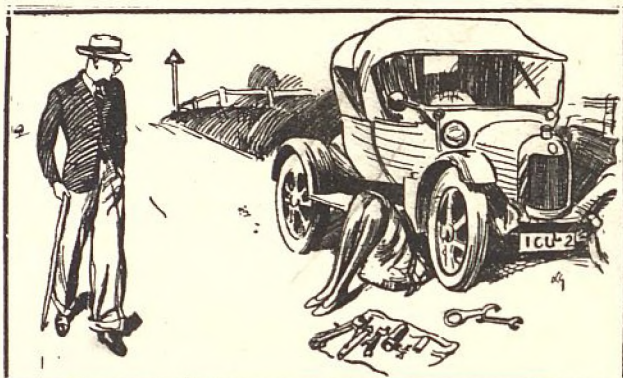
F. FERNÁNDEZ

FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.



—¡Cómo! ¿Prueba usted la salsa con el dedo?
—No hay cuidado, señora; no está caliente.

(De Pêle Mêle, París.)



Ahora que tantas mujeres se han dedicado a guiar automóviles, las carreteras serán muy interesantes a veces.

(De The Humorist, Londres.)

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y elijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis

LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros graciosos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza

Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza

Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza

CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin faltarlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6 50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. MIHURA.—Madrid,

—Pues sí, chico, ya está todo «preparao» pa el atraco. Lo que aún no sabemos es con qué anestesiarle, si dándole en la cabeza con una banqueta o con una silla...

—¡Hombre! Yo creo que lo mejor pa atracarle, es que le déis un banquetazo.